

Comentarios

Dra. Jimena Néspolo (CONICET-ILH)

La recolección de cartas y documentos inéditos realizada por Carlos García y Martín Greco, y reunida en el volumen *La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, director del periódico Martín Fierro* (Albert editor, Madrid, 2017), un volumen de casi seiscientas páginas donde se releva la intensa actividad y el protagonismo de Evar Méndez en la vida cultural argentina y latinoamericana antes de la fundación del periódico e incluso después de su cierre, es ciertamente monumental e impone una revisión total de cómo se ha analizado la gesta vanguardista; una revisión que necesariamente ha de llevar a relativizar el protagonismo de algunos autores (pienso en Girondo, pero también en Borges) a fin de (re)colocar esta figura clave en tanto “ideólogo”, o mentor de toda una generación.

La labor de Carlos García y su condición de *investigador amateur* que se sumerge en los archivos por el mero placer de la búsqueda y el afán justiciero, por fuera de cualquier marco institucional, viene a recordarnos de un modo radical el verdadero sentido de nuestra labor. Son muchos los supuestos y errores que la investigación de Carlos García intenta corregir, no me voy a detener en repetirlos, ya que bien claramente los enumera, y en el volumen en cuestión ofrece todas las pruebas necesarias para que sus aseveraciones se sustenten. Me voy a detener sólo en un par de cuestiones, a fin de abrir el diálogo y el debate con los presentes.

La primera cuestión que creo importante destacar es la capacidad de Evar Méndez de ser “bisagra” –diría– entre el modernismo –en cuyas filas por una cuestión de edad debería más bien afiliarse– y las vanguardias. Como si esa colocación en el entre-generacional le diera una observación estética de conjunto absolutamente singular. Una visión rigurosamente argumentada que al fin deviene en una política estratégica que permite la asunción como tal de la vanguardia argentina a escala internacional: esto es lo que claramente se observa, por ejemplo, en su largo artículo “La joven literatura argentina: de una nueva sensibilidad en nuestra época” (publicado originalmente en el periódico *El Orden*, Tucumán, el 31 de diciembre de 1924; y recuperado por García y Greco en el volumen en cuestión). Modernismo, simbolismo, los

tradicionalistas, los clásicos, Méndez recorre las obras de decenas de autores a fin de auscultar la novedad, lo nuevo de estas estéticas.

Lo que me sorprende, y aquí la cuestión que me gustaría discutir, es que su capacidad de propiciar y también digamos –publicitar– la nueva estética martinfierrista no haya cuajado también en sus producción individual. Y aquí es donde cierta laguna se insinúa en la investigación de los autores, ese hiato entre el Méndez poeta y el Ménez ideólogo, un hiato que los autores observan y sobre el que no abundan, como si fuera una zona de zozobra o de tensión que no pudieran resolver. Como si el Méndez poeta atrasara y el Méndez crítico-estratega adelantara a su época. Me gustaría que Carlos reflexionara aquí un poco sobre eso.

Por otro lado, la edición como “trabajo de zapa”, como tarea ardua e invisible cuando se hace bien, un trabajo de limpieza, desmalezamiento y remoción de la tierra para que el brote nuevo surja es lo que pone en relación las intervenciones de Carlos García y Luciana Del Gizzo. Creo, incluso, que ambos acuden a la misma imagen –en estos textos y en sus libros– para graficar el trabajo de estas dos figuras tan poco estudiadas hasta el momento: Evár Méndez y Raúl Gustavo Aguirre. Ambos trabajos contienen una crítica furiosa pero en sordina a nuestras historias literarias que, replicando silencios, errores o vacíos no han podido observar hasta el momento el arduo trabajo que supone el surgimiento de las gestas colectivas, quizá demasiado obnubiladas por las demandas egotistas de algunas luminarias, quizá suponiendo que cualquier agenciamiento surge por generación espontánea, se hayan obcecado en desconocer el trabajo subterráneo de estos “literatos zapeadores” –para seguir con el símil– sobre los que descansa la posibilidad de un “nosotros”: frente a la visualidad de la vanguardia cárnica de los estancieros estos trabajos vienen a reponer la silenciosa y pertinaz tarea de obreraje que sustenta la vanguardia de los agricultores.

El libro de Luciana, *Volver a la vanguardia. El invencionismo y su deriva en el movimiento poesía buenos aires* (2017) –quiero hacer un comentario global sobre él, ya que él se desprende la ponencia que hoy se presenta– es importante porque aborda un momento de la poesía argentina (el período 1944-1963) que hasta el momento sólo había sido estudiado de manera parcial y miscelánea: el ensayo ofrece un análisis de conjunto, sin descuidar las poéticas particulares, pero trazando lazos con las vanguardias europeas y latinoamericanas y su recepción artística –el cubismo, el constructivismo, la Bauhaus, el concretismo y el surrealismo tardío–, intentando comprender la “pervivencia” de una estética que esgrime, no obstante, en lo nuevo y en lo

irrepetible su razón de ser. A partir de esa aporía, la de una estética que se sustenta sobre la “novedad” y que sin embargo en el contexto argentino y latinoamericano se levanta como repetición, reescritura, pervivencia, es que la autora desgrana el marco teórico desde donde se suele abordar las vanguardias y ofrece algunas respuestas. Uno de los hallazgos del libro es la de pensar a la vanguardia como *estética de umbral*, como “aquello que ya no puede ser y lo que todavía no es”, como pulsión estética recurrente que atraviesa todo el siglo XX latinoamericano: una pulsión que busca intervenir en las retóricas anquilosadas y consensuadas mediante un lenguaje no referencial o representativo para corroer los sentidos dados, las zonas cristalizadas del lenguaje común, y responder a las reconfiguraciones sociales de su época.

El interrogante que en particular se desprende de esta intervención es si no es acaso esa misma “antena vanguardista” la que le permite a Raúl Gustavo Aguirre percibir el cambio de época que a mediados de la década del ’70 requería el borramiento del nombre de Paco Urondo del colectivo *poesía buenos aires*. Un gesto manierista que invitaría al conservadurismo y no a la transgresión a fin de lograr la “pervivencia” de un ideal vanguardista en un escenario radicalmente atroz. Quiero decir, se me ocurre que aunque no hubiera habido un pedido formal de la editorial para que el nombre del poeta fuera elidido, el mismo Aguirre hubiera procedido a borrarlo, con clara conciencia de lo que cada época permite decir, transgredir y callar. Ese clivaje entre estética y política quizá también sea “el” aprendizaje horroroso que circula por las venas de las vanguardias latinoamericanas.

Me gustaría que Luciana abundara un poco más en esta torsión entre vanguardia estética y vanguardia política; también quisiera preguntarle si piensa que esta *estética del umbral* propia del siglo XX se continúa en el XXI o se clausura en aquél.

Por último, un brevísimo comentario sobre la interesante ponencia de Laura Isola que viene también a reposicionar a Xul Solar como figura centralísima de la vanguardia argentina deconstruyendo el marco teórico europeizantes con los que se ha venido abordado el tema. Me interesa el riesgo que asume, en el intento por seguirle el tranco a este artista total. Creador del *Neocriollo*, del *panajedrez*, de acuarelas fabulosas y de otras tantas *grafías* inútiles, Xul nos recuerda ante todo el carácter profundamente lúdico de la vanguardia: su plasticidad y su juego, la asunción del riesgo que supone no el juego serio, si no el juego en serio tramado en torno a un pilar: la amistad. Porque si el arte de Xul es único lo es en tanto y en cuanto se fraguó al calor de una cofradía de amigos que supo albergarlo.

Los documentos recuperados por Carlos García y Martín Greco, las postales enviadas a Xul, la cantidad de telegramas que dan cuenta de la calidez y el compromiso de la labor conjunta en la elaboración del periódico, cartas que en general recrean el tono lúdico de su escritura, dan cuenta de que más allá de lo que dijera Borges, el Grupo martinfierrista en su conjunto sí supo merecerlo. Le pregunto, entonces, a Laura si ¿es posible pensar el *sistema Xul* como un sistema no-solipsista que hace de la amistad más que una pasión, un culto, en la medida en que esta potencia de lo increado apuesta siempre a un más allá dado en la recepción, en la circulación, en lo que no es hoy pero que quizá sea mañana?